

# LA LUCHA DE CLASES

SEMANARIO SOCIALISTA OBRERO

Año III

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, 1 peseta trimestre.—Ultramar, 1,25 id.—Portugal, 1,50 id.—Otros países, 1,75 id.  
Los pagos se efectuarán per adelantado, en libranzas del Giro mutuo ó sellos de franqueo.  
25 ejemplares, 75 céntimos.

## APARECE LOS SABADOS

Redacción y Administración, Bailén, 41.  
BILBAO 5 DE DICIEMBRE DE 1896.

## PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En Bilbao, en esta Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas de correspondencia de Redacción, á nombre de Sebastián Hernández; la de Administración, al de Fernando Peragüera.  
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 114

## Materialismo moral

Aunque si se afirmara en redondo que todo lo legal es legítimo ó lícito, serían pocos los que suscribirían abiertamente á tal atrocidad, es un número grandísimo el de los que discurren, y, lo que es peor, obran bajo tal doctrina. Parece que bajo la acción corrosiva del burguesismo se va borrando la distinción entre lo moral y lo jurídico y que vamos cayendo en el verdadero materialismo moral; que no es otro que confundir lo lícito con lo legal. Y decimos que es este el verdadero materialismo moral porque una cosa es éste y otra la moral del materialismo filosófico, que no es ni con mucho—digan lo que quieran los majaderos que no logran jamás enterarse de ideas que no nacen en su molera—que no es ni con mucho, decimos, el materialismo moral.

La Historia nos enseña que el elevado idealismo moral, la pureza y elevación de intenciones y de conducta, han sido propias de todos aquellos que han tenido una fe religiosa, artística ó científica (cuando han hecho del arte ó la ciencia verdaderas religiones), sea la que fuere, siempre que fuese verdadera fe, ajena á intereses egoístas y del momento. Han sido espiritualistas ó materialistas, deístas, panteístas ó ateos, se han elevado siempre por su nobleza moral todos los hombres de verdadera fe, de ideales y de amor á la verdad, háyanla ó no alcanzado. Y son, por el contrario, verdaderos materialistas en moral todos los que carecen de verdadera fe, colóquense en la posición mental que se coloquen y sean cuales fueren las doctrinas que pretenden profesar ó que en realidad creen que profesan. Porque así como hay quienes dicen que creen sin creer en realidad y quienes pretenden querer creer sin conseguirlo, hay quienes creen que creen y no creen.

No la clase de ideas que se profesan, sino el modo de profesarlas es lo que determina la conducta ó, más bien, porque lo que acabamos de decir es en el fondo un disparate, el fondo moral de un individuo y la conducta que de él brota no tanto determinan sus ideas como el modo de profesarlas. La rectitud moral da convicción más bien que las ideas de que se está convencido, y así, según el individuo y el medio en que vive y las circunstancias de su educación, la rectitud moral le hace á uno espiritualista y materialista á otro. Y la ausencia de sentido moral llévale al materialismo moral—que no es, repetimos, la moral del materialismo—á quien de tal ausencia padezca, sea éste espiritualista ó materialista. Porque si hay materialistas teóricos que caen en el materialismo práctico, caen en él también espiritualistas teóricos, si bien ni unos ni otros son espiritualistas ni materialistas ni nada.

Las ideas abstractas no son en sí ni buenas ni malas, ni son capaces de determinar por sí conducta alguna mala ni buena. La bondad ó la maldad de una idea, aparecen (porque siempre son aparentes) cual resultado de su adaptación á tal ó cual espíritu. Lo que en uno parece cumplir frutos de vida,

parece que cumple en otro frutos de perdición.

El erróneo procedimiento de invertir el orden de las cosas, suponiendo que las ideas que se profesan acerca de la constitución del mundo determinan nuestra conducta, equivale á suponer que las oscilaciones del barómetro determinan las variaciones de presión atmosférica. Y aún en este orden no son—lo repetimos y lo repetiremos—las ideas que se profesan, sino el modo de profesarlas, lo que puede servirnos de indicio respecto á la moralidad de un individuo.

Cuestión es esta que tiene innumerables caras y como el no comprenderla á derechas es el signo de la intolerancia, volveremos sobre ella.

## Principio y fin

### IV

Hay en la Historia de la Humanidad un curioso fenómeno de perspectiva que se repite á cada paso y en cada pueblo. Consiste en proyectar hacia el pasado las aspiraciones que se abrigan respecto al porvenir, y en suponer que hubo una época en que vivieron los hombres tal y como deseamos que lleguen á vivir un día.

Casi todos los pueblos, una vez que han llegado á grado de cultura que les permitiese pensar sobre sus destinos, han puesto el paraíso allá, en los albores de su vida, suponiendo que empezó ésta por una era de felicidad y bienandanza. Lo dijo ya el poeta: que cualquier tiempo pasado fué mejor. Los adultos nos engañamos respecto á la felicidad que suponemos haber disfrutado en la infancia, confundiendo la inconsciencia con el bienestar. Si la ilusión no tropezara con la más vulgar lógica, llegaríamos á suponer que nuestra edad verdaderamente feliz fué antes de ser engendrados y concebidos por nuestros padres.

En todos los pueblos hay gentes que piensan de una manera análoga á como piensan los aquí llamados tradicionalistas, que, víctimas de la ilusión que indicamos, y no muy bien provistos de sentido histórico, fingen un pasado que no ha existido jamás, atribuyendo á pasadas épocas caracteres que desean para ésta y se esfuerzan por aportársela.

Aquí mismo, los que se llaman á sí mismos *bizkaitarras* fantasean una Vizcaya pasada que sólo en su imaginación existe.

El error mayor estriba en creer que sin tales fundamentaciones en el pasado histórico no tienen base sus doctrinas, cuando éstas reciben su fuerza, no de ese ilusorio pasado, sino de otras más hondas raíces. Así, v. gr., el *bizkaitarrismo* mismo, en lo que tiene de racional (pues todo lo que existe tiene alguna razón de existir en el mero hecho de que exista) esa aspiración misma, sea ó no disparatada—que es cosa que ahora no hace al caso—se sostiene muy bien aunque no haya sido el pasado de Vizcaya tal y como engañosamente se lo pintan. Nada más frecuente el que ignore uno las verdaderas razones porque abraza y defiende sus ideales, no siendo las que él da como tales razones otra cosa que

las explicaciones que se da á sí mismo de su modo de pensar y sentir. Las ideas en que apoyamos nuestra conducta suelen ser su justificación á posteriori, sus verdaderas razones hondas nos son desconocidas amenudo. Hay que rechazar muchas veces el testimonio que uno dé porque hace tal ó cual cosa; se engaña al creer saberlo.

Nada más fútil que el pretender sostener algo por lo que se llama derechos históricos; el que una cosa haya venido durante no es razón para que dure todavía.

Los derechos adquiridos es la mayor de las superficialidades, sino se les entiende.

Queremos decir con todo esto que es una falta de sentido científico el pretender justificar la explotación capitalística moderna porque haya dado frutos de progreso en otras épocas. Tal explotación y el régimen que la sostiene se mantendrán en pie mientras tengan función que cumplir, y como ésta se va acabando, están amenazados de muerte.

Las cosas se sostienen mientras deban sostenerse; cuando llegan á ser un estorbo son barridas.

Nada más leal, ni más sólido, ni que dé una posición más fuerte, que el aceptar la verdad, séanos ó no agradable. Cuando los individualistas, así mal llamados, nos presenten los efectos progresivos de la libre concurrencia mercantil con propiedad privada, de la desigualdad de clases y fortunas, de la esclavitud misma, debemos decir: es verdad todo eso, no hay por qué negarlo, pero no es de eso de lo que se trata; no se trata de que tales ó cuales instituciones nos han traído á cierto mayor grado de cultura, se trata de si esas mismas instituciones no resultan hoy dañosas para lo mismo que afanzaron. Esta es la posición firme, esta fué la que adoptó Marx, muy otro de como muchos se lo figuran, Marx que nutrido con la médula de león de las doctrinas hegelianas, comprendía que todo lo que es debe ser, que todo lo racional es real y todo lo real racional.

Continuaremos volviendo al tema principal.

## ¿Atraso agrícola?

Es muy frecuente oír tachar de atrasados á nuestros agricultores, repitiendo que hacen labrar sus tierras como en la época romana, poco más ó menos; que no estudian los cultivos nuevos ni los adelantos de la técnica agrícola; que no aplican maquinaria moderna á la explotación de sus tierras, y otra multitud de cargos que acaban con esta melancólica frase: «estamos atrasadísimo en España, y los agricultores más que los demás.»

Sin que creamos que nuestros agricultores no tengan nada que aprender en técnica agrícola, ni que estén al tanto de toda novedad útil, podemos asegurar que los que les tachan de atrasados suelen estarlo más que ellos, porque no se fijan en el aspecto económico de las cosas.

Tienen la mar de gracia todos esos sabios que truenan contra el empleo de los abonos animales, v. gr., porque llevan los gérmenes de las malas plan-

tas que roban jugos á las cultivadas y no emplean los abonos minerales ricos en nitrógeno (los compuestos de amoníaco y otros), y no saben una palabra de economía rural. Mejoras hay muy recomendables *técnicamente*, pero que no son posibles *económicamente*, y esto es el agricultor quien mejor lo determina, dadas sus especiales circunstancias. No hay que creerles tan torpes como para imaginarse que vayan á tener que esperar el consejo de hombres que, por muy atiborrados que estén de química aplicada, pueden no distinguir la cebada del trigo y, sobre todo, ignorar el coste de cultivo y el precio de venta de uno y de otro.

Nada más terrible que los técnicos ayunos de economía. Ocorre que después de empapuzarse de química aplicada á la agricultura y hasta de geología y de botánica y fisiología vegetal y de cien cosas más, utilísimas sin duda, todas ellas, ignoran ley económica tan fundamental en la economía rural como es la del descenso proporcional de los rendimientos. Ignoran que el aumento de intensidad en el cultivo da rendimientos cada vez más altos *relativa*, no *absolutamente* y esto hasta llegar á cierto punto, alcanzado el cual los rendimientos son relativamente más bajos, pues el rendimiento mayor que se obtiene es menor que el coste de más que se necesita para obtenerlo. Si el emplear mil pesetas más en una explotación produce un rendimiento mayor, sea *a*, el empleo de dos mil pesetas producirá más que el de mil; pero no doble, no *2a*, y el de tres mil no triple, *3a*; es decir, que aunque cada nuevas mil pesetas empleadas aumenten el rendimiento, no lo aumentan en la proporción misma, no en la misma proporción que las mil primeras pesetas.

Y llega un punto en que las mil pesetas más empleadas produce un aumento de rendimiento menor que de mil pesetas y ya no trae cuenta aplicarlo.

Si bajan los precios de los productos agrícolas se llega antes á ese punto, en que un aumento en el coste de explotación no produce un aumento correspondiente en el rendimiento, y, por lo tanto, todo labrador sensato, al bajar los precios de los productos agrícolas, sea por lo que fuere, hace más extensivo su cultivo, es decir, lo explota con más economía, empleando menos capital en igual tierra.

Y esto produce la emigración porque quedan brazos sin trabajo y la conversión de terrenos de pan llevar en prados y otros fenómenos *económicos*, para comprender los cuales ayuda poco ó nada toda la química habida y por haber.

La crisis agrícola es crisis económica, y el atraso técnico no es causa sino efecto de ella.

Continuaremos esta materia, tratando de los varios puntos que abarca: cultivo intensivo y extensivo; emigración; capital y tierra en la agricultura; salarios agrícolas; absentismo, etc.

Nuestro mayor enemigo es la ignorancia. Que sepan todos lo que queremos y los que nos atacan ciegamente defenderán la bandera que hoy combaten.—VICTOR CONSIDERANT.





